

**Andrés GARCÍA INDA,**  
*La dulce militancia. Crítica de la razón indignada,*  
**prólogo de Chaime Marcuello Servós,**  
**ediciones Mensajero, Bilbao, 2020, 167 pp.**

GUILLERMO VICENTE Y GUERRERO  
*Universidad de Zaragoza*

**Palabras clave:** educación moral, compromiso, emotivismo, indignación  
**Keywords:** moral education, commitment, emotivism, indignation

En el complejo momento histórico actual, al que no pocos han calificado con evidente pomposidad como la era de la posmodernidad, nos encontramos en plena vorágine de una confusión generalizada que parece dirigirse y alentarse a través del conformismo, la sumisión y el relativismo ético. La imposición de la tolerancia ciega se ha convertido en instrumento preferente para socavar un espíritu crítico y reflexivo cada vez más alejado de unos individuos que, presas de sus propias ingenuidades, parecen creerse y autodenominarse, con sorprendente complacencia, como ciudadanos libres e iguales.

Ante tan desolador panorama, el libro de Andrés García Inda, profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Zaragoza, invita a la reflexión. A una consideración inteligente de algunos de los basamentos sobre los que habría que sustentar la educación moral y política que debiera guiar nuestra sociedad contemporánea, tales como la responsabilidad, la fidelidad o el compromiso. Y de las fatales consecuencias que conlleva su preterición y abandono. También su sustitución por nuevas formas de actuación como el utopismo simplista que mira únicamente al futuro, y lo hace además con gafas miopes, la cultura de la queja imposible y absurda, la exigencia de la seguridad absoluta o el juramento indoloro y banal.

La obra aparece coherentemente hilvanada a través de una sucesión de capítulos, concretamente diez, que se presentan en un estilo ágil que sin

duda facilita su lectura. Se trata de un conjunto de textos breves y abiertos, en el que cada uno de ellos, pese a enmarcarse dentro de los ámbitos de una reflexión crítica sobre la educación moral y política, entendidas ambas en un amplio sentido, presentan una identidad y singularidad propias. Todo el libro gira alrededor de la necesidad de facilitar instrumentos reflexivos suficientes para encarar el proceso de aprendizaje de aquellas virtudes que se consideran imprescindibles para la vida en sociedad, para la vida en común.

Igualmente incide en los sustratos emocionales que integran la moral y la política, y en la importancia que adquieren en el momento en el que el sujeto se decide a llevar a cabo una acción moral. También en la gestión apropiada de los mismos, lo que requiere un aprendizaje previo alrededor de qué emociones y sentimientos son positivos. Interesa indagar sobre cuáles son las verdaderas razones de nuestras pasiones.

El libro se centra particularmente en una de esas emociones morales primarias: la indignación, que el profesor García Inda relaciona acertadamente con el sentimiento que revela una oposición, más o menos airada, a lo que se considera un menoscabo de la dignidad, a lo que se entiende como una injusticia o una arbitrariedad, sin que necesariamente lo sean.

La obra se basa en un amplio y notable elenco de fuentes primarias de muy variada índole y significación. El fluido diálogo que intercambian con el propio autor supone de hecho uno de los aspectos más valiosos de todo el trabajo. Autores como Norberto Bobbio, Marta Nussbaum, Leon Duguit, Victoria Camps, Javier de Lucas, Jon Elster, Emmanuel Mounier, Mario Benedetti, Oscar Wilde o Pierre Le Coz desfilan a través de las diversas páginas discutiendo con el propio García Inda si la indignación puede resultar un buen acicate para la conducta virtuosa y para la promoción de la justicia y la transformación social. Pero para todo ello es necesario, como bien subraya el autor, no sólo educar en la indignación, sino también educar esa indignación, pues de igual forma que puede ser una emoción positiva puede llegar a convertirse en un sentimiento tendente a la destrucción, a la venganza y a la manipulación, en algo que conduzca a la victimización y al resentimiento.

Dentro de las diversas modalidades de indignación perversa, la obra analiza la que posiblemente en estos momentos parece más extendida en nuestras sociedades occidentales. Denominada por el autor como «dulce militancia», aparece basada en una indignación autocomplaciente, que el sujeto

indignado centra en sus propias emociones, a menudo ajenas a la realidad de lo justo o de lo injusto, y que resulta completamente distante a todo tipo de compromiso ético. Señala García Inda en la introducción que «en la lógica emocional de nuestro tiempo... la indignación se ha convertido en la emoción protagonista de la educación moral».

Tal vez el principal objetivo de la obra consiste precisamente en calibrar a través de una reflexión mesurada el sentido que se encuentra detrás de todas aquellas dinámicas de la razón indignada que parecen regir hoy, al menos en buena medida, el rumbo de la educación moral misma. Pero García Inda no realiza una crítica a la razón indignada, como sugiere el propio título en clave provocativa, pues algunas indignaciones están cargadas de razones, sino a la indignación sin razón. A aquella basada en la venganza y en el simple resentimiento. A aquella que se articula exteriormente en una especie de «postureo ético», posición artificial e hipócrita que se encuentra detrás de todos esos movimientos de denuncia caracterizados por la banalidad de sus postulados y por lo fútil y trivial de las metas que pretenden alcanzar.

Frente a este tipo de razón indignada, el autor propone, y esta es otra de sus principales aportaciones, la necesidad imperiosa de recuperar el agradecimiento, la aceptación y aprendizaje del fracaso y la responsabilidad como disposiciones de carácter básico en las que sustentar nuestra educación moral. También reivindica la rehabilitación de la esperanza, particularmente importante «cuando las cosas se tuercen y el optimismo se agota». Y en especial destaca la importancia del compromiso ético, pues la indignación sin compromiso es una mentira, es una falacia, no es nada.

Es precisamente en tiempos de crisis moral como el actual en los que resulta imprescindible escuchar con atención las voces de aquellos que proponen una reflexión mesurada. De aquellos que ofrecen instrumentos para combatir la sumisión, la falta de compromiso y la banalidad que se encuentran detrás de muchos de los movimientos de protesta sociales que la asamblea posmoderna ha acogido graciosamente en su seno y parece alentar.

Que los gritos furiosos de los indignados sin razón no ahoguen las voces serenas de quienes, como Andrés García Inda, con valentía y una cierta ironía, se atreven a ir en contra tanto de la cotidiana comodidad que nos hace apáticos e insensibles hacia los problemas, verdaderos, de los demás, como

de la falta de espíritu crítico que no solo nos prohíbe pensar, sino que, y esto es quizás todavía más grave, nos impide soñar.

GUILLERMO VICENTE Y GUERRERO  
*Universidad de Zaragoza*  
*e-mail: gvicente@unizar.es*